



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 21 No. 4 Monográfico

Diciembre de 2018

NECROPOLÍTICA: NEGACIÓN Y MIEDO

Alan Suresh Raposo Carax¹

RESUMEN

El objetivo del presente texto es reflexionar alrededor de la noción de necropolítica, desde sus trabazones y raíces profundas establecidas en el eje de funcionamiento del capitalismo y el neoliberalismo. Desde la privación y la consiguiente privatización de la vida, se muestran los efectos del ejercicio radical de las nuevas formas de gobierno de los cuerpos desde la administración de la muerte. El registro de la necropolítica, el efecto de administración de las poblaciones a partir del miedo, se establecen como la nueva ideología que plantea los patrones de sometimiento a seguir en los territorios administrados por el eje del capitalismo agonizante.

Palabras clave: necropolítica, ideología, muerte, capitalismo, poder

NECROPOLITICS: DENIAL AND FEAR

ABSTRACT

The objective of this text is to reflect on the notion of necropolitics, from its connections and deep roots established in the functioning axis of capitalism and neoliberalism. From the deprivation and consequent privatization of life, the effects of the radical exercise of the new forms of government of bodies from the administration of death are shown. The registration of necropolitics, the effect of administration of populations based on fear, is established as the new ideology that poses the patterns of submission to follow in the territories administered by the axis of agonizing capitalism.

Keywords: necropolitics, ideology, death, capitalism, power.

¹ Facultad de Estudios Superiores Iztacala, correo alanraposocarax@gmail.com

“Es preciso librarse de la idea de eternidad”
Jacques Lacan

En la habitación hay un corazón delator, una víctima que se hace pasar por vampiro, alguien afirma su existencia, deja a su suerte toda condición para que sea determinado. ¡Qué pesa más sino la muerte -del Padre- ante todas las cosas! Como enigma, la muerte ha sido convocada y centralizada a una serie de estipulaciones que sugieren enaltecerla, des/vivirse por y para ella, tal efecto cultural, que siempre se ha generado respecto a su imagen, insiste en una volcadura a la mirada de uno mismo. Pavese (como ejemplo tembloroso) escribió "vendrá la muerte y tendrá tus ojos" justo para resaltar la imposibilidad de des/hacerse del Otro y rescatar a la muerte como No-ajena. El humano no es sin un agente externo (¿o interno?) que logre atravesarlo, así surgen las preguntas ¿quién o qué domina?, ¿qué se intenta?, ¿cómo ha logrado mantenerse una hegemonía?, ¿existen alternativas?, ¿el síntoma es la hegemonía del sujeto?

No hay alternativas para el capitalismo. En cualquiera de sus fases ha demostrado ante y sobreponerse a toda suma de interpretaciones debido a la basta reafirmación cultural, consumo ideológico, humanización de lo inhumano y desde aquí, la ligadura a la violencia, la potencia y la muerte que han servido para enmantar al sujeto en varias capas.

La figura de la muerte representa poder, pues quien mata es “porque pudo” y quien reproduce tal acción es porque intenta olvidarse de su imposibilidad y encubrir su propia imagen. La legitimización del poder sería simplemente fantasear un alegato que permita olvidarla. En el siglo XVIII el Derecho intentó apelar a proteger la vida pese a todo. Es así como la institucionalización desde la vida –biopoder– dio nacimiento a una serie de transgresiones disciplinarias cuerpo a cuerpo para regularlo, tensarlo. Aunque ello no bastó, pues aún se intenta regular hacia un único cuerpo; ya que emergen los estados para regular las “condiciones de vida”, habría que pensar muy freudianamente en “las condiciones de muerte”. Ya no hay más la figura soberana que latigaba con la última palabra para dejar vivir, el Estado ahora supone un derecho a vivir, un derecho que es terrorífico en esencia,

pues es el mismo que deja morir a los sujetos. Este olvido de la muerte es casi insistente en el discurso, hoy, neoliberal, pues no hay cabida para ella, no hay reclamo, no hay pérdida porque todo es transitorio, es un camino, es mandato divino o sólo una cuestión de la vida, ya no hay una cuestión de muerte, esta biopolítica es en sí necropolítica, una política de y con la muerte.

“La muerte se encuentra inscrita en el *je* y en el *moi* como la anulación de la diferencia en un sistema de explicación, o como la degradación que viene a compensar los procesos de la diferenciación” (Deleuze, 1968) para enmarcar la nulidad de la diferencia, nulidad de erotismo, en tanto hay igualdad de valores, en tanto el derecho a vivir sea una obligación a lo mismo. Sólo puede haber vida en un lugar donde la muerte sea un mito. La discusión sobre quién muere y quién permite vivir está ligada al concepto de universalidad, igualdad que se desarrolla en un paralelismo de diferencia; esa diferencia derridiana que sólo se encuentra en la muerte o el vacío. Lo abrumador es la universalidad igualitaria que se supone en la diferencia y que se legitima a sí misma a través de su soberanía absoluta.

La necropolítica surge ante una cultura que arremete contra sí misma, la figura de muerte como su simbiótico histórico apuntala ya no a un destino, sino a una convicción sentenciada en la que ésta ya no es rostro de un destino inamovible, sino una cotidianidad que envuelve al sujeto en una tragedia. Es innegable que la muerte establece una dimensión sólida de la vida y su desbordamiento dinámico. Así, conviene señalar que el único éxito de la vida sobre la muerte, radica en el fenómeno del progreso y el movimiento. Pero, ¿qué significa el progreso?, de alguna forma, es una premisa insistente; es toda una serie de coordenadas que imperan al sujeto y lo reinventan con ideologías, con reproducciones económicas. Si antes el discurso era “debes encontrar un trabajo para ser un hombre de bien” hoy el discurso sería “sé tu propio jefe”, “las oportunidades están, sólo debes escogerlas bien”, ya no hay más crítica en esto, si el progreso absorbe, la complicidad ideológica está en la segmentación del problema.

El Capitalismo es una totalidad, no habría que segmentarlo. La situación aquí es que en las estructuras de poder que el capitalismo va sugiriendo, la necropolítica es la más aterradora por sí misma porque genera fenómenos fundamentalistas

(bombardeos de imágenes sobre el narcotráfico, guerras en medio oriente, racismo en Latinoamérica, crímenes sexuales en alguna comunidad africana o musulmana, etc.) que presionan al sujeto a dejar de sí al fenómeno de la muerte que siempre lo ha acompañado.

Quintanas (2010) señala que “en nuestra sociedad, desde finales del siglo XVIII, parece que se ha producido un proceso de descalificación progresiva de la muerte, que se ha reflejado especialmente en la desaparición de la gran ritualización pública que anteriormente la acompañaba. Según Foucault la causa del hecho de que la muerte actualmente haya quedado recluida dentro de los muros de la intimidad, de lo privado, de lo poco visible –como si la muerte contuviera algo de vergonzoso que debiera esconderse o, al menos, no prodigarse– debería buscarse, principalmente, dentro de la profunda transformación de los mecanismos de poder que se produjo a partir del siglo XVIII.”

El discurso capitalista global resuena como una exageración y privatización de la vida y pareciera que el fin es (de nuevo la imagen de la muerte) crear sujetos sin subjetividad, muertos vivientes que son privados de sí mismos y que al mismo tiempo encuentran refugio en una virtualidad individual que resulta aterradora, pues estarían dispuestos a vivir por ella, a vivir bien, con mayor felicidad, con la promesa de ser ellos mismos. Es una dimensión oscura de proletarización desde la figura ausente de la muerte.

La idea aquí es que mediante la administración de la vida, su legitimidad institucional y la negación de la muerte como idea preponderante e insistente en el discurso, se gestiona una imagen del miedo. La muerte como eje (ausente) y el miedo como catalizador suponen en estos tiempos una forma de “contraresistencia” que mucho sirve al poder. Hoy en día los valores que conjeturan la estructura ética como la tolerancia y el respeto libres, se complementan con ese miedo perturbador al ojeo, con ese miedo al cadáver de Uno que suponemos otro, es decir, que ante el espejo que es el semejante, el otro merece todo, es acreedor de los valores sociales pero sólo si su presencia no es abrazadora e invasiva, abrumadora en todo caso; mientras ese otro no sea originalmente otro, o sea, habría que reconocer la diferencia, ser otro en una dimensión ajena, sólo ahí daríamos cuenta de la

tragedia que se impondría a reaccionar de forma abrupta, pues al “descubrir” que ese que refiere igual no lo es, una fuerza perversa sustentaría cualquier acto de violencia. Este hecho es terrible ya que ante el miedo que produce la imagen de la muerte en un mundo donde *se debe* y limita el vínculo y la transgresión, lo único que genera es sujetos enfrascados a imagen y semejanza de sí, perturbados por otro agente fantasma.

Si el miedo es lo espantoso que afecta desde lo reprimido, es decir que despierta el deseo o mejor dicho retorna de forma abrupta desde el último cuarto, nos es ajeno, extraño. Dice Freud (1919) “lo siniestro se da frecuentemente cuando se desvanece el límite entre la fantasía y la realidad, cuando lo que habíamos tenido por fantástico aparece ante nosotros como real” aparece como nuestra peor pesadilla, como esa insoportable levedad que destituye la imagen de uno. Qué se contrapone a la vida, sino ella misma en tanto su configuración y su negación a la muerte, si hay vida es porque algo está muriendo por dentro o a la imagen del otro. Si bien el miedo siempre ha sido una categoría importante en el pensamiento político, sólo la política moderna funda explícitamente la construcción del orden político en él.

El pavor que la muerte genera se da desde la idea de que todo debe vivir para satisfacernos; la fantasía del progreso que ligada al movimiento se especula a ‘continuar’, es decir que, si hay pasividad hay muerte y esa proyección discursiva es insoportable, habría que terminarla con la legitimidad de la vida, aún cuando el miedo reanime algo oculto en lo más visible de nosotros. Sólo el miedo (lo siniestro) puede describirse en la ausencia, en aquello que falta. Si el miedo configura el discurso de la muerte, apelaría a que todo es apocalíptico: en la luz divina no hay vida. Esa luz cegadora es la última barda que impide y resguarda al sujeto frente a la pulsión de muerte, es la idea de lo hermoso, ese atisbo poético que mitiga la angustia de que falta la falta, de que el goce se haga presente y el deseo sea ajeno, y haya distancia, incertidumbre y miedo. Al precisar las palabras de Heidegger (1927)” en lo amenazador hay que distinguir, pues, el inmediato acercamiento de lo amenazante y el modo de comparecencia del acercarse mismo: la repentinidad. El ante-qué del susto es, primeramente, algo conocido y familiar.

Pero, si, por el contrario, lo amenazador tiene el carácter de lo absolutamente desconocido, el miedo se convierte en pavor. Y aún más: cuando lo amenazante comparece con el carácter de lo pavoroso y tiene, al mismo tiempo, el modo de comparecencia de lo que asusta, es decir, la repentinidad, el miedo se convierte en espanto". El velo sugiere la escena de la vida y el sostén del sujeto, decir donde la muerte ya ha quedado relegada por miedo o desdén.

Una problemática, que emerge ante la urgencia del control, es que los actos violentos son reducidos a un problema cultural desde el discurso económico, la ausencia o pérdida de educación, ideología, lazos familiares, etc. Al respecto Laurent (2017) afirma que "si se piensan esos sintagmas desde el psicoanálisis, aparecen como aporías. En un primer nivel, se puede decir que trazan un horizonte común, esto es, cómo se vive la pulsión en la época del discurso de la civilización. En la época del individualismo de masa, existe un registro de soledad para todos los que la pueden explorar, incluso la sociología. La sociología describe a un sujeto encerrado en modos de vivir múltiples pero solitarios, con lazos líquidos hacia el otro (Zygmunt Bauman), relaciones vacías, efímeras al otro de la hipermodernidad (Gilles Lipovetsky) o al refugio de la performance adictiva hasta el cansancio de sí mismo (Alain Ehrenberg) que pueden llevar a la melancolía, al delirio báquico o al terrorismo. Este horizonte común está subvertido por Lacan cuando enuncia: Todo el mundo es loco, es decir, delira, porque reenvía a la manera singular con la cual cada uno delira en este común. En este sentido, el sujeto del delirio singular es una respuesta a lo Real que testimonia de otra experiencia que la que describen los sociómanos de Philippe Sollers".

El sujeto siente, es síntoma de su cultura, la ideología del miedo a partir de la negación de la muerte sustentaría entonces que el sujeto que vive por vivir, es decir los "*living-dead*", se encuentra atado a una noción inexistente, y que ante la paranoia se resguarda en la pasividad infinita. En "Joyce, el síntoma", Lacan (2012) pacta al cuerpo, el síntoma y el acontecimiento como una triada dolorosa pues dice "dejemos el síntoma en lo que es un acontecimiento de cuerpo ligado a lo que es: se lo tiene", por lo que apela a la contingencia de lo irrecuperable, el goce de Uno, escarcela la carne haciendo, no siempre, entidad.

El acontecimiento tiene valor causal hasta que el goce marca al cuerpo inscribiéndose en la vida, goce que parasita y que repite en el síntoma, éste es la violencia que es representada en cuerpo y acto, desde el empuje, en la imagen; la muerte, a nivel imaginario, es el principio de toda condena. Toda imagen lleva en sí la sombra que la anula, la destruye.

Los yermos modernos fulguran así el movimiento centrífugo al que empuja el estado actual de la sociedad, son un reflejo del programa de individualización que, contrariamente, resulta en homogeneidad y uniformidad, esto insiste en la herida del Sin-sentido a justificar cualquier acto mortífero en pro de la vida. La muerte ausente configura la privación de lo animal, la privación de actividades aborígenes. Pensar en una imagen corrupta de la muerte y el miedo como forma de distancia, aluden a una nueva fórmula donde ya no es el esclarecimiento de la mentira la búsqueda insistente de una sociedad política y democrática, sino el alejamiento. El miedo se vuelve esencial, pero al cegarlo se apela a mensajes liberadores aunque éste actuar parece una búsqueda hacia la promesa; el miedo sugiere expresar lo más crudo del deseo, casi como una pesadilla, la tragedia del alejamiento de la pesadilla es que perturba pero no resulta terrorífico, la situación recae en que el miedo es la verdad que sucede afuera. y es ahí cuando organizaciones surgen y se colocan como la oposición directa de una estructura que sofoca, síntoma (o no), emanan, mistifican su discurso, pero, es necesario decir que este tipo de posturas surgen de un determinado dispositivo, marcan la brecha a partir de un cierto lenguaje, de prácticas establecidas, de una idea de sociedad, de "hacer política", etc. Ante tal surgimiento, es inevitable pensar que es posible expandirse o abarcarse en contextos más allá de sus limitantes geográficas, ideológicas y de praxis. La postura esencial es que aún en los contextos más crudos y violentos, como lo son América Latina y Medio Oriente, existen grupos opositores al "mal gobierno", organizaciones clandestinas con mensajes liberadores, colectivos inspiradores que proclaman un camino mejor donde la gente pueda sentirse viva y libre, donde no haya miedo, donde la muerte no figure y sea silenciada; la democracia que esos colectivos exigen y que promulgan, es la misma posición, no hay transparencia que no sea opacada por una forma de alienación, la forma más común de la

vida diaria es precisamente estar en las redes del sistema, las comunas no hablan de la imposibilidad del sujeto de escapar de su propia cultura, es por ello que no son del todo directas o generales, así, una federada de sistemas libres, descentralizados no puede operar pues forma parte del propio sistema, es el hilo por donde hay que dar esperanza, mantener vivos a los sujetos para incorporarlos a la marcha.

Las instituciones (familia, escuela, ejército, policía, psiquiátricos, etc.) existen para cosificar las formas de cultura, pues ordenan, castigan, reprenden y le dan sentido a una "forma de vida". Entre el sentido y el hacer interviene la ideología de quien o de lo que reprende, la cual se enfrenta a estas movilizaciones de la vida; la transparencia, "LA VERDAD", los derechos y la democracia, aquí es donde la ideología nos hace saber que no tiene fronteras.

Althusser (2008) reconoce que los Aparatos ideológicos de Estado están ligados a los Aparatos Represivos, y que estos forman una especie de contención, un muro invisible que sólo promete, los Aparatos engañan pues dice "Recordemos que en la teoría marxista el Aparato de Estado (AE) comprende: el gobierno, la administración, el ejército, la policía, los tribunales, las prisiones, etc., que constituyen lo que llamaremos desde ahora el Aparato Represivo de Estado. Represivo significa que el Aparato de Estado en cuestión "funciona mediante la violencia", por lo menos en situaciones límite (pues la represión administrativa, por ejemplo, puede revestir formas no físicas).

Designamos con el nombre de Aparatos Ideológicos de Estado (AIE) cierto número de realidades que se presentan al observador inmediato bajo la forma de instituciones distintas y especializadas.

Decimos que los AIE no se confunden con el Aparato (Represivo) de Estado, ¿En qué consiste su diferencia?

En un primer momento podemos observar que si existe un Aparato (Represivo) de Estado, existe una pluralidad de aparatos ideológicos de Estado. Suponiendo que ella exista, la unidad que constituye esta pluralidad de AIE en un cuerpo no es visible inmediatamente.

En un segundo momento, podemos comprobar que mientras que el Aparato (Represivo) de Estado (unificado) pertenece enteramente al dominio público, la mayor parte de los Aparatos Ideológicos de Estado (en su aparente dispersión) provienen en cambio del dominio privado. Son privadas las Iglesias, los partidos, los sindicatos, las familias, algunas escuelas, la mayoría de los diarios, las familias, las instituciones culturales, etcétera".

Lo anterior refiere a que, al igual que un partido político, una forma de organización clandestina está sujeta y adquiere la forma, maliciosamente, de su ideología. No hay derecha o izquierda, no hay derechos en un sistema que sigue su curso pues los contextos donde hay movimientos, que gestan una postura en contra de una política de muerte (que ya por si sola es silenciosa), niegan la imposibilidad de un cambio directo en la política y en su forma de posicionar la muerte para controlar.

No importa el punto de ruptura, la fórmula que lleve al dominio o la emancipación, siempre encontrará su tope en la ideología, pues impide tomar una libre elección. Es sencillo, si la necropolítica apela a negar la muerte vía el miedo, la ideología sirve como "contención" de ello, es decir, que está fuera del plano de lo directo. Pensar en proponer versiones utópicas de una sociedad, ya sea desde comunas clandestinas o la vía institucional que legitima la democracia (aún cuando en ésta haya una dictadura encubierta que interpela la aparente libertad), es entrar en la lógica de la ideología, por lo tanto a la tragedia que enuncia.

El poder es represivo, la ideología una malla y el medio la necropolítica, pues la lógica es hacer creer al sujeto autónomo e independiente. pese a que existen atisbos que sugieren un acto solidario, o de voluntad, el choque entre muerte y vida no amplían la posibilidad de libertad, que sólo justifica y consolida al poder, aún con la bandera de humanidad, derechos y libertades. Foucault (1992) dice "Si el poder no fuera más que represivo, si no hiciera otra cosa que decir no ¿pensáis realmente que se le obedecería? Lo que hace que el poder se sostenga, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una potencia que dice no, sino que de hecho va más allá, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo

el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir”, a saber, es profundamente simbólico, ya que sumerge a la ideología, la muerte, la vida y los derechos a un nivel de dominio y autoridad de donde el sujeto nunca podrá volcarse.

El capitalismo insiste en su discurso, en su política, el sujeto es sujeto de su discurso para al final, hacernos ver que la oposición es la defensa del propio sistema para que siga engranando, la ideología se expande a horizontes donde lo que se promulga como libertad y democracia es en lo Real y en realidad, la masacre diaria. La muerte del sujeto está en su vida diaria, y aunque aquí la posición de la muerte es negada y apabullada, es inefable que sirve como un instrumento de poder para mantener el orden, pues no distingue entre unos los otros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, Louis, *Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado, Práctica teórica y lucha ideológica*, Grupo Editorial Tomo, México, 2008.
- Deleuze, Gilles, *Diferencia y Repetición*, Amorrortu, Buenos Aires, 2002.
- Foucault, Michel, *Microfísica del Poder*, La piqueta, Madrid, 1992.
- Freud, Sigmund, *Obras Completas Tomo XVII. Lo Ominoso*. Amorrortu, Buenos Aires, 1919.
- Heidegger, Martin, *Ser y Tiempo*, Fondo de cultura económica, México, 1927.
- Lacan, Jaques, *El seminario de Jaques Lacan, Libro 23: El Síntoma. Joyce, el síntoma*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Laurent, Eric, "La época vive una fascinación por la violencia contra uno mismo y contra los otros" en Red psicoanalítica de atención <https://redpsicoanalitica.com/tag/eric-laurent/>, consultado el 27 de marzo de 2017.
- Quintanas, Anna, "El tabú de la muerte y la biopolítica según M. Foucault", en *Revista Internacional de Filosofía*, nº 51, Girona, Daímon, 2010, pp. 171-182.